

cias, no servía mejor las antiguas. ¿Qué podía hacer con las deidades orientales, con la piedra negra de Heliogábalo, con los dioses cónicos de los sirios, ni aun con la Diana de Efeso con sus cincuenta mamas, ó con los dioses olímpicos, objetos ya de caricaturas, como el bello Ganimedes, representado por un mono en las fiestas de Isis? ¿Cómo habría figurado en mármol ó en bronce las hipóstasis de los alejandrinos y las confusas abstracciones de los gnósticos? Desde el templo y el foro había caído en el gabinete, en el tocador.

Al principio hubo de sostenerse imitando los procedimientos antiguos; pero esta imitación se debilitaba á medida que se alejaban los modelos y no se sabía ya hacer más que una producción amanerada y falta de elegancia.

Perdida la inspiración, quedaba el oficio, y los indignos sucesores de los maestros trabajaban á bajo precio para una sociedad empobrecida y grosera, que había perdido el gusto de las antiguas elegancias. Compárense los bustos de la época con las estatuas del alto imperio (1), ó las esculturas del arco de Constantino con las de la época antonina, aun las bagatelas, los graciosos vasos y muebles de Pompeya con la cerámica y la pesada ornamentación del siglo tercero, y se conocerá sin esfuerzo que se acerca la barbarie.

Austeros predicadores de filosofía y religión habían ahuyentado la risa, al mismo tiempo que las desdichas públicas habían suprimido la alegría, y el arte que es la alegría de la vida, no sabía ya embellecerla: comenzaban ya las tristezas de la Edad media.

Hay que culpar también á los bárbaros. El temor de las invasiones había obligado á las ciudades que quedaron abiertas, durante la paz romana, á rodearse de murallas, y para construir las, hubieron de destruir en mil lugares los edificios que habían levantado generaciones más felices. En Tours, en Orleans, en Angers, en Burdeos, en Saintes, en Narbona y en muchas otras ciudades de la Galia, se encuentran en las antiguas murallas fragmentos de columnas ó de entablamentos, piedras sepulcrales é inscripciones. Temístocles había hecho lo mismo en Atenas, pero Pericles y Fidias vinieron después de él, y después de los grandes arquitectos de los Antoninos, no hubo ya más que albañiles.

El griego se escribe aún con elegancia: Opiano de Cilicia y Babrio (si Babrio pertenece al siglo tercero) son dos buenos versificadores, casi dos poetas; el nombre de Longino se pronuncia siempre con respeto, y Focio en un acceso de generosidad, colocó al historiador Dexipos al lado de Tucídides. Nosotros no pondremos al mismo nivel ni á Dion Casio ni á Herodiano, de cuyos escritos nos hemos valido, sin embargo, con tanta frecuencia. Eliano y Filostrato son el uno para el otro por su ingenua y hasta necia credulidad; Diógenes de Laerta, Ateneo, por los precio

(1) Eckhel (t. VII, 458), dice de las monedas de bronce de Póstumo, de Victorino y de Tétrico: *Ultimam plerique barbariam redolent, sic ut non in provincia... sed Sarmatas inter Gothosque... percussu videri possint*. Muchas otras de los mismos príncipes son monedas del alto imperio reselladas (Witte, *Rev. numism.* VI, 1861). Sin embargo, el mismo Witte ha publicado bellos bronces de Póstumo. Esta diferencia se explica por la diversidad de talleres monetarios: el de Lyon que poseía el emperador galo, tenía tradiciones y artistas que le permitían aun emitir bellas monedas, que se verán hasta fines de este siglo.

sos datos que les debemos, y Orígenes por su vigoroso espíritu anuncian el esplendor que los Padres griegos del siglo siguiente darán á la Iglesia. El mundo romano se inclina más y más al Oriente, y no hay vida sino por este lado.

En cuanto á la literatura latina, está en su último período de decadencia. Todavía le quedan hombres porque una sociedad civilizada los tiene siempre; pero los escritores no ven más que pequeñeces; toman la anécdota por la historia, la gramática por la elocuencia, la versificación por la poesía (2). La antes tan fecunda unión de los genios de Roma y Atenas, no existe ya, y este divorcio de las dos literaturas es el signo precursor de la próxima separación de dos imperios. El espíritu latino se borra visiblemente, excepto en la Iglesia, donde Cipriano en Cartago es el precursor de Agustín en Hipona.

A pesar de esto, los cristianos tienen también su parte en la decadencia del imperio. La paz de medio siglo había aumentado singularmente su número; pero, aunque la vida, que se retira de la sociedad pagana, sea ardiente en sus comunidades, son para el Estado en lugar de una fuerza, una causa de abatimiento y debilidad. La ley romana penaba el celibato, y ellos lo santifican. El gran desarrollo del régimen monástico se realizará el siglo siguiente, pero muchos fieles huyen ya del matrimonio, al cual renuncia ya el clero ordinariamente. Viven aparte, evitan todo comercio con los paganos, á no ser en caso de absoluta necesidad, y abominan de sus fiestas que tienen por impuras y aun sacrílegas. Extraños en las ciudades, cuyos honores rechazan, lo son también en el imperio, que rehusan defender con las armas, y ven sin enojo cómo se acercan los bárbaros. Yendo al suplicio exclamaba San Mariano: «Dios vengará la sangre de los justos. Ya veo y oigo acudir á los jinetes blancos;» y Comodiano representaba en versos bárbaros á los godos, que llamaba él hermanos, viniendo contra Roma bajo la conducta del rey destructor (3) para exterminar á los enemigos de los santos y someter el senado al yugo. Mariano y el mendigo de Cristo tenían razón en anunciar á los perseguidores una inmediata expiación;

(2) Debemos sin embargo sentir la pérdida de las *Memorias de Sept. Severo*, acaso la *Historia de Mario Maximo*, á menudo citada por los compiladores de la *Historia Augusta*, aunque Vopisco (*Firm.* 1) dice de este escritor: *Homo omnium verbosissimus, qui et mythistoricis se voluminibus implicavit*, y algunos otros cronógrafos cuyos nombres sólo conocemos. Quedan tres versos del emperador Galieno, fragmento de un epitalamio que había compuesto para el casamiento de sus sobrinos. Censorino escribió su tratado de *Die natali* en 239. Suelen referirse al tercer siglo otros dos gramáticos, Nonio Marcelo y Festo. En cuanto á los dos versificadores Nemesiano y Calpurnio pertenecen á los fines del siglo y no deben contarse entre los verdaderos poetas; Calpurnio, sin embargo, es un buen versificador.

(3) *Commod. episc. Afric. Carmen apologet.* en el *Spicilegium Solesmense de Petra*, t. p. 43. Comodiano llama al rey de los godos *Apolleon*, de ἀπόλλωνι, perder, destruir. «Marcha sobre Roma, dice, con millares de gentiles y... reduce á cautividad á los vencidos. Muchos senadores llorarán entonces en los hierros... Sin embargo, estos gentiles mantendrán en todas partes á los cristianos, y llenos de júbilo le buscarán como hermanos...» (Versos 800 815). Según el verso 801, el Carmen hubo de escribirse en el momento histórico que nos ocupa, antes de la persecución de Decio, en 238. Tertuliano, en su *Apol. 37*, dirigido á los magistrados romanos, les representaba como un mérito que debían reconocer en los cristianos el hecho de no haber favorecido las agresiones de los moros contra Adriano, de los marcomanos contra M. Aurelio, de los partos contra Severo; lo que prueba que en el fondo del corazón no le espantaba la idea de ayudar á los enemigos del imperio. Dos siglos después, Salviano, en su tratado de *Gubern. Dei*, celebró también, en medio de las calamidades de la invasión, «las virtudes de los bárbaros, que rechazan todo género de infamias, que admiten los romanos. El vicio, que es una excepción en ellos, es la regla entre nosotros.» Es siempre el mismo espíritu, que desde los primeros días hizo que condenara San Juan á la gran prostituta.

pero otros no la tenían haciéndose instrumentos de ella. En el Ponto se unieron los cristianos con los godos para saquear á los paganos, derribar sus ídolos y quemar sus templos.

Con esto, espantados al fin los emperadores procurarán exterminar á hierro y fuego el elemento refractario, que ni las amenazas de la ley ni las ejecuciones habían logrado reprimir. El terror va á cernerse sobre las poblaciones y correrá en abundancia la sangre más pura. Será como una guerra civil prestando ayuda á la guerra extranjera.

Esta tiene el carácter de las guerras salvajes. Las provincias del Oeste han visto ya escenas tan pavorosas y horribles como las del Border americano, cuando los Piel-Rojas vienen á desollar á los hombres, á robar á sus mujeres y á incendiar sus quintas. Los invasores encontraban para guiarlos á las más opulentas casas y á los tesoros mejor guardados, aquellos esclavos de origen bárbaro que veían en ellos libertadores. En la Tracia, la Grecia y el Asia Menor había también sangre, ruinas y largos rebaños de cautivos, que los bárbaros, fatigados de correrías y hartos de botín, conducían á sus campamentos del Norte. A cada nueva invasión, se extendían más lejos los estragos. Y después de la tierra, el mar: los godos van á construir navíos y á llevar la devastación á todas las costas.

«Hordas de escitas, dice Amiano Marcelino, que en dos mil barcos habían pasado el Bósforo y la Propóntide, devastaron las costas del mar Egeo... Todas las ciudades de Panfilia sufrieron los horrores de un sitio: Anquialos fué tomada, fueron desoladas muchas islas y turbas numerosas de enemigos tuvieron mucho tiempo envueltas á Cícico y Tesalónica. El incendio corrió por toda Macedonia, y el Epiro, la Tesalia y la Grecia sufrieron la invasión.»

Las ricas ciudades asentadas en las costas de las Cícladas tuvieron que reconstruir sus murallas, derruidas de suyo en el silencio y reposo de dos siglos de paz; buscaron los atenienses en el polvo del olvido las ociosas armas, no manejadas desde Sila, y los peloponesios se dieron buena prisa á cerrar su istmo con una gran muralla. Donde quiera que se convertían los espantados ojos, sangre y ruinas y desolación. Cien mil cadáveres insepultos yacían entre los escombros de Filipópolis. Y las provincias á que no habían llegado los francos y los godos eran campo de batalla de otros bárbaros: en Sicilia pululaban los bandidos de tal modo, dejando tras sí sangre y ruinas, que la isla antes tan próspera y feliz, no sino parecía desolado teatro de una nueva guerra servil.

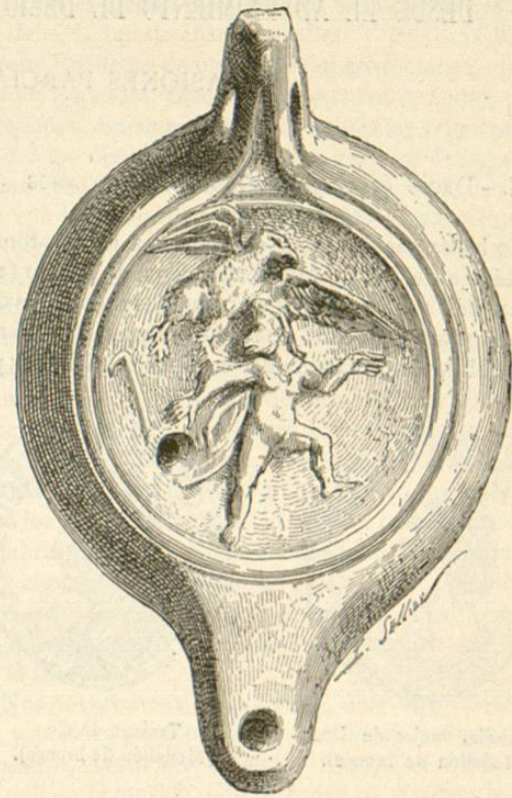
Volviendo contra sí mismo su fuerza, suspendía el hombre su lucha contra la naturaleza, que recobraba sus derechos y los marcaba con energía cruel. De aquellas amontonadas ruinas, de aquellas tierras sin cultivo, de aquellas aguas perdidas y remansadas, salía necesariamente el contagio. Parecía el imperio un gran cuerpo en disolución de que emanaban los mortíferos miasmas. Por espacio de doce años mortales (250 262) la peste se estacionó en las provincias: pasó por Roma y en su seno hizo cinco mil víctimas diarias durante una temporada; lo mismo hizo en la Acaya; en Alejandría no se encontró una casa que no hubiera visitado la muerte, y el ejército de Valeriano fué diezmado por el terrible azote, antes de serlo por los arqueros del belicoso y fiero Sapor.

A estas calamidades se añadieron otras todavía. Las materias volcánicas que se extienden en dos direcciones, desde los Alpes del Friul á través de Italia y Sicilia hasta el Africa y desde el mar Adriático al Egeo y á las costas de Siria, se inflamaron: la tierra se estremeció con pavorosos ruidos, el cielo se cubrió de tinieblas por espacio

de muchos días, abriéronse abismos en el suelo, y el mar barriendo las costas con olas monstruosas destruyó muchas ciudades.

Bien podía creerse que las amenazas de los cristianos sobre el fin del mundo, iban á consumarse. Consultados los libros sibilinos, ordenaron un sacrificio á *Júpiter Salutaris*. Pero el viejo Júpiter no sabía ya proteger á su pueblo.

Un documento conservado por Eusebio resume de una manera tan breve como terrible esta situación del imperio. En la capital de Egipto, el número de los individuos de 14 á 80 años inscritos en los registros de la institución alimentaria, en tiempo de Galieno, no superó la cifra de los hombres de 40 á 70 años que anteriormente habían tomado parte en estas distribuciones (1). Alejandría había per-



Ganimedes de mono, sobre una lámpara del museo del Louvre.

dido pues en aquel tiempo más de la mitad de su población. Y si esto sucedía en una ciudad que no había visto nunca bárbaros (2), ¿cuál debía ser el estado de las provincias en que los bárbaros habían hecho tantas víctimas?

No sería ciertamente una exageración decir que en el espacio de veinte años la porción de la humanidad contenida dentro de las fronteras del imperio, y en otro tiempo tan dichosa, había disminuído la mitad. Tal fué uno de los efectos de la anarquía gubernamental y de la primera aparición de la raza germánica en el mundo greco romano.

Hemos admirado el alto imperio dando el orden, la seguridad y el trabajo, lo que es la función principal del gobierno en todos los tiempos y su justificación en las épocas de poder absoluto, y repetido las palabras de reconocimiento y gratitud que los súbditos expresaban entonces

(1) *Hist. eccl.* VII, 21, según una carta del obispo de Alejandría, Dionisio. En Francia entre un millón de habitantes se cuentan 789.559, de 18 á 80 años y 267.652 de 40 á 70. La relación entre estos dos números es de 2,95 á 1 ó sea un poco más de 2 1/2.

(2) No había sufrido ninguna invasión, pero sí, por espacio de doce años, sangrientas turbaciones, que la incuria del gobierno central dejaría estallar en otros muchos lugares (Eusebio, *ibid.*, y A. Marcellino, XXII, 16).

con tanta frecuencia. Ahora nos vemos obligados á representar á los pueblos desafectos y alejados de los príncipes que no saben defenderlos ni evitar su inminente ruina. Cada provincia querrá tener su emperador, y hasta se levantarán dinastías gálicas y sirias.

He ahí lo que medio siglo de revoluciones había hecho del floreciente imperio de los Antoninos y de Severo.

En los Estados en que el príncipe lo es todo y las instituciones son nada, la decadencia puede suceder rápida-

mente á la grandeza, porque, si no hay hombres providenciales, los hay ciertamente necesarios. Que Trajano, Adriano ó Severo tomen las riendas del gobierno y cien millones de hombres vivirán en el reposo y en la prosperidad; que los reemplacen los incapaces, y el desorden invadirá los ejércitos y los bárbaros las provincias. La civilización avanza con los hombres superiores, no con las muchedumbres: no formando ya entonces la naturaleza hombres de este temple, retrocedió la civilización.

CAPÍTULO XCVI

DESDE EL ADVENIMIENTO DE DECIO HASTA LA MUERTE DE GALIENO (249-268)

INVASIONES PARCIALES EN TODO EL IMPERIO

I. - DECIO (249-251). - GODOY CRISTIANOS

Decio había nacido en el seno de una familia romana establecida en el burgo de Bubalia, cerca de Sirmio (1), y comienza la larga lista de los emperadores originarios de la Iliria (*Illyricum*), muchos de los cuales prestaron grandes servicios al imperio. Faltábanles cualidades brillantes; pero



Etruscia, mujer de Decio
(Medallón de bronce).



Trajano Decio
(Medallón de bronce).

eran hombres de espíritu neto y carácter enérgico, como debían formarse en aquellas provincias pobres y belicosas.

Decio era de humilde condición é hizo su carrera por el camino de las armas. Algunos antiguos hacen de él grandes elogios, que sin embargo no justifica su reinado. Este fué muy breve y su historia es singularmente confusa, presntándose á muchas contradicciones. Tres hechos se destacan, sin embargo, claramente y esto nos basta: la guerra contra los godos, el restablecimiento de la censura, que indica una reacción hacia las antiguas costumbres, y como consecuencia, la persecución de una gran novedad del tiempo, el cristianismo.

Después de su victoria cerca de Verona (setiembre 249) se trasladó Decio á Roma con su hijo Quinto Herenio Etrusco, á quien había ya nombrado César (2); pero no bien hubo llegado cuando tuvo que salir de nuevo á rechazar una invasión gótica.

Confundiendo en la victoria que había obtenido en Tracia sobre estos bárbaros, Gordiano III había suprimido el sub-

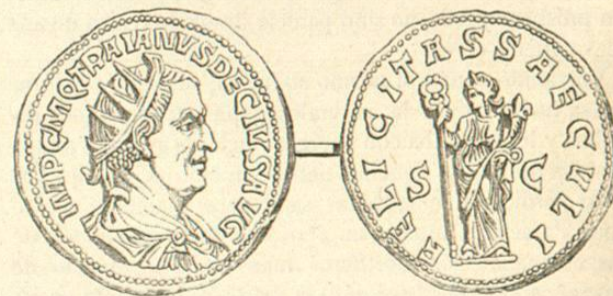
(1) C. Mesio Quinto Trajano Decio nació el año 201, según Aurelio Víctor; en 191, según la Crónica de Alejandría.

(2) Eckhel, t. VII, 342. Aurelio Víctor (29) dice que el César fué enviado luego *in Illyrios*. Decio tenía otro hijo, C. Valente Hostiliano Mesio Quinto, que fué también nombrado César y Príncipe de la juventud.

sidio anual prometido á esta nación; á lo menos refiere Jordanes (3) que el rey Ostrogota se quejó de ello, y pasó el Danubio con 30.000 de los suyos para saquear á la Mesia. Otros bárbaros se le incorporaron; soldados romanos fueron también á tomar parte en el pillaje, y los montañeses del Hemo, en quienes la civilización griega y romana había influido un tanto, hubieron de suministrar sin duda á los invasores guías y auxiliares. La gran ciudad de Marcianópolis (al Oeste de Varna) fué puesta á rescate.

Quando los godos volvieron con un rico botín, los gépidos quisieron pillar á los pilladores, de que se siguió una encarnizada lucha, en que los primeros quedaron vencedores. Estos acontecimientos ocurrían durante el reinado de Filipo, y la invasión había sido tan desastrosa para la Mesia, que la serie monetaria de las ciudades pónticas se detiene en este emperador, por no tener oro para acuñar moneda.

En tiempo de Decio, Kniva, sucesor de Ostrogota, todavía hizo una invasión más formidable: dividió sus fuerzas en dos cuerpos; envió el uno á saquear la parte de la Mesia que las tropas romanas habían abandonado para reconcentrarse en las plazas fuertes, y con el otro, fuerte de setenta mil hombres, atacó la ciudad de Ad-Novas, plaza importante en la confluencia del Jantro y del Danubio.



Quinario de bronce de Trajano Decio, de valor dos sestercios.

Rechazado por el futuro emperador Galo, entonces *dux* de Mesia, intentó dar un golpe de mano en Nicópolis, que Trajano había edificado en recuerdo de sus victorias

(3) Sobre las pensiones á los godos, acaso desde Alejandro Severo, véase á Tillemont, III, 216. Jordanes resumió en su *Historia de los godos* una gran obra, hoy perdida, de Casiodoro, ministro favorito del gran Teodosio. Sobre la guerra gótica, véase á Wietersheim, *op. cit.* t. II, donde discute las narraciones contradictorias de Jordanes, Zósimo, Zonaras y A. Víctor. Estos detalles pierden por otra parte todo su interés ante el hecho demasiado cierto del desastre del ejército romano y de la muerte de Decio.

dácicas; pero chocó con un ejército que había reunido allí Decio. Incapaz de forzar sus líneas el bárbaro, con más audacia que prudencia, dejó al emperador en su campamento, se lanzó al Hemo, cuyos pasos no estaban guardados, y descendió á la gran ciudad de Filipópolis, sin cuidarse de si quedaba ó no cortada su línea de retirada.

Siguiólo Decio por senderos de montaña casi impracticables, donde su ejército, hombres y caballos, tuvo mucho que sufrir. Había llegado á Beroe, á unas 60 millas al Este de Filipópolis, y aun se creía lejos de los godos, cuando cayendo de improviso Kniva sobre él, hizo en las tropas imperiales una gran carnicería.

Decio apenas tuvo tiempo de huir atravesando el Hemo y mientras se ocupaba en reparar su desastre y formar un nuevo ejército, se apoderó el godo de Filipópolis por connivencia de Prisco, gobernador de Macedonia, que al parecer había tomado la púrpura (1).

El rey bárbaro volvió muy luego á la Mesia con la idea de poner en seguridad, á la otra parte del Danubio, el fruto de tan afortunada campaña. De paso encontró al emperador, que intentó vengar al imperio, recobrando de los godos el botín y poniendo en libertad á los cautivos entre los cuales iban muy nobles personajes; pero la traición de Galo le hizo perder esta otra batalla, en la cual pereció con su hijo. Ni siquiera se pudo encontrar su cadáver (nov. 251).

Era el primer emperador que caía bajo la espada del enemigo en tierra de romanos, y la noticia del desastre llevó el terror á las provincias y la alegría y la esperanza á los bárbaros: era el prólogo del tremendo drama que no acabará hasta el día en que la raza germánica, después de haber cubierto de sangre y ruinas toda la Europa romana y una parte del Oriente, haga subir á un hérulo al palacio de Augusto y de Trajano.

En la breve duración de su principado, hubo de cometer Decio dos graves faltas y un error no menos grave. A pesar de su experiencia, no supo preparar la guerra contra los godos ni menos conducirla, y la consecuencia fué el estrago de dos provincias y su muerte. Como habría tenido el honor del triunfo debe llevar el vituperio de la derrota. La segunda falta fué la persecución de los cristianos, y en cuanto al error revela una ingenuidad política que hasta parece inverosímil en un hombre de aquella edad: restableció la censura, olvidada desde Claudio y Domiciano, y el senado invistió de esta dignidad á Valeriano. «Ve, le dijo el emperador, ve á tomar la censura del universo; tú dirás los que deben continuar en el senado y devolverás su esplendor al orden ecuestre; arreglarás el censo y la recaudación de los impuestos; harás las leyes y los nombramientos para los grados militares. Tu vigilancia se extenderá hasta el palacio imperial y sobre todos los magistrados, salvo el prefecto de Roma, los cónsules ordinarios, el rey de los sacrificios y la gran vestal.»

Si Trebelio Polión leyó estas palabras en las actas públicas, Decio se daba aquí un colega temporal, una especie de interrey que dejaba tras sí en la ciudad eterna al partir con su hijo á una guerra peligrosa. Hasta puede verse en esta medida una nueva manifestación del pensamiento de dividir entre muchos los poderes imperiales; de que hubiera, como en tiempo de Pupieno y de Balbino, un emperador de la ciudad y otro emperador del ejército.

Con muy buen sentido se había dejado caer en desuso la censura, institución buena en una ciudad pequeña, im practicable en un gran Estado. Pero si era imposible res-

(1) Aurelio Víctor (29) hace ir á los godos hasta Macedonia, donde habrían decidido la usurpación de Prisco.

taurar el pasado, posible parecía proscribir ciertas cosas del presente, y Valeriano, que no restableció las antiguas costumbres, hizo por cuenta de Decio, y más tarde por la suya propia, ruda guerra á las nuevas creencias.

El ideal de los cristianos era más alto que el de Marco Aurelio, pero era menos desinteresado. El sabio imperante no pedía nada á cambio del cumplimiento del deber, por lo cual fueron muy pocos los que lo siguieron. El cristiano, al contrario, contaba con Dios, como la multitud de los paganos había contado con Júpiter. En compensación de su piedad, éstos querían bienes terrenales; en compensación de la suya, se creía aquél seguro de una eterna beatitud. Su religión tenía pues seducciones bastante poderosas para atraer á los espíritus que no se resignaban á sufrir la ley de toda criatura: después de la vida, la muerte, dejando á Dios el secreto del sepulcro. A las esperanzas divinas que daba, la Iglesia añadía palabras y prácticas llenas de dulzura. En medio de una sociedad aristocrática, muy dura para los humildes, enseñaba la igualdad de todos, grandes y pequeños, romanos y bárbaros, ante la ley religiosa, y prometía á los *siervos de Dios*, fueran esclavos ó magnates, las mismas recompensas. Su espíritu de caridad, su solicitud para con los enfermos y los pobres, las nuevas virtudes que reclamaba en lugar de las que habían perdido los romanos, perdiendo la dignidad del ciudadano, le habían granjeado muchos corazones.

Pero mientras crecía el número de los fieles, parecía disminuir la virtud de los primeros días. Leyendo á San Cipriano, se creería que la paz de que gozaba la Iglesia, hacía cuarenta años, había sido fatal á la disciplina y á las costumbres, «que la piedad estaba muerta en los sacerdotes, la probidad en los ministros, la caridad en los fieles, y que todos los vicios de la sociedad pagana, habían invadido los miembros de Jesucristo. Menospreciando el sagrado ministerio, algunos obispos iban de provincia en provincia para ganar más; en vez de asistir á los pobres, se apropiaban con fraude tierras y herencias y aumentaban sus ingresos con la usura (2).»

«Nos desgarramos unos á otros, dice otro contemporáneo, y nuestros pecados han levantado un muro entre Dios y nosotros. Amán nos insulta, y Ester, con todos los justos, está en confusión, porque todas las vírgenes han dejado que se apague su lámpara: se han dormido y la puerta del esposo está cerrada. Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra? ¡Ah! el Verbo de Dios tiene el harnero en la mano para limpiar el grano de su era (3).»

Como todos los oradores sagrados, San Cipriano fuerza el tono: su cuadro de la *caída* está muy recargado de sombras, como sus apologías tienen colores demasiado brillantes. San Cipriano escribía en medio de la persecución; y pues Dios la había permitido, era menester probar su justicia, y los desarreglos de los cristianos venían á ser necesarios para explicar el castigo divino.

Las cosas pasaban más humanamente. Desde la breve persecución de Severo, el heroísmo no había tenido ocasión de producirse, la exaltación se había calmado y por consiguiente el rigor de la vida. Pero el odio era siempre el mismo entre cristianos y paganos, y viendo éstos caer tantos males sobre el imperio, invasiones de bárbaros, pestes mortíferas, revoluciones perpetuas, creyeron que los dioses estaban indignados de la impunidad en que se dejaba á aquellos blasfemos.

También por su parte el gobierno se inquietaba ante los

(2) *De lapsis*, passim.

(3) San Pionio, presbítero de Esmirna y mártir en 250 (*Boland.*).